

La Thora, a la cual nos hemos referido anteriormente y que compone la casi totalidad de la sección del Hexateuco llamada ahora Deuteronomio, no fue el único fruto del gran trabajo religioso que llenó el reinado de Josías. Existió algún tiempo en estado de libro distinto y luego se pensó que aislada tendría poca fuerza, pues la Thora supone la historia patriarcal y mosaica. El efecto que se quería lograr con el descubrimiento repentino y la publicación separada del libro, se había consumado. Esta ley había sido el instrumento de la reforma y se trataba de conservarla, para lo cual era natural situarla en el volumen de la Historia Sagrada, como último acto de la vida de Moisés, antes de morir, allende el Jordán. Se añadió un fragmento bastante largo a la cabeza del libro, se añadieron otras notas adicionales al final, y así continuaron con el cántico de Moisés que formaba parte de la Historia Sagrada.

Con seguridad no se conoce quién llevó a cabo esta compostura singular, pero seguramente fue alguien de la escuela de Jeremías, que deseando dar al final de la Historia Sagrada un giro más edificante, interpoló la parte relativa a Josué, incluyendo discursos aparatosos atribuidos a Josué en las ocasiones solemnes.

De tal manera se pulía el libro de la Historia Sagrada de siglo en siglo, como una bola de nieve. Este preciado volumen, en el estado en que le encontró la catástrofe que terminó con el reino de Judá, abarcaba poco más o menos, los dos tercios de lo que contiene hoy.

Una piedad exaltada caracterizó todas las obras de aquel tiempo. Triunfaba el espíritu profético, y sufría momentáneo eclipse el espíritu laico. De aquella época deben ser las agadas proféticas, conjunto de composiciones destinadas a realzar en lo pasado el carácter de los profe-

tas, a presentarlo bajo el aspecto taumatúrgico y terrible, y a colocarlo muy por encima de la realeza. Una leyenda fechada con precisión, es la del profeta de Betel de quien se decía que había resistido a Jeroboam, había sido devorado por un león, y cuya tumba fue respetada por Josías. Se supone que aquel profeta había predicho a Josías, vaticinando sus reformas.

Así todos los profetas tuvieron su libro agádico. Estos *midraschim*<sup>1</sup> proféticos eran semejantes a las *Kisas-el-anbia* que deleitan a los musulmanes, vidas de santos de baja estofa, amados de las poblaciones crédulas. Existían, pues, libros de profetas, paralelos a los de los reyes, y mezclados con ellos, que hablaban de sus palabras y actos con ese desenfado, ese desprecio de la cronología y de la realidad característicos de las leyendas en todo tiempo y país. No se conservaron en su forma original, pero tuvieron mucha importancia, y posteriormente se introdujeron en el texto de la historiografía propiamente dicha. El recopilador del libro actual de los Reyes, después del cautiverio, recogió estos textos carentes de exactitud o llenos de exageraciones, para fundirlos con su exposición, hecho que rebajó considerablemente la buena ley histórica de los anales de Israel.

Al ser Moisés el primero y más grande de los profetas, se le dio lugar en estas biografías escritas, especialmente, con fin edificante. Los documentos para contar su vida del modo exigido por la piedad del siglo, se sacaron de la Historia Santa consagrada ya. Un *midrasch* que debía de existir sobre la vida de Moisés, lleno de fábulas, fue indudablemente recogido por el último redactor, después del cautiverio, e introducido en la Historia Sagrada. Así se comprenden tantas repeticiones que convierten la vida de Moisés en el *Hexateuco* actual, en el relato más incoherente y peor ordenado.

A medida que se iba inclinando Israel hacia el pietismo, se elevaba más la parte lírica de su genio. Produjéronse muchos salmos en época de Josías que eran la expresión de aquella piedad ferviente cuyo inspirador fue Jeremías. Difícilmente se distinguen de los salmos de los *anavim* del tiempo de Ezequías.

La poesía de tiernas reconvenciones, de quejas amargas de justos, siempre irritados de la prosperidad de los malos y vidriosos con su Dios, porque les hace ganar sus pleitos, nos parece algo monótona. El defecto en los salmos es expresar muy perfectamente uno de los rasgos del carácter judío que es la tendencia a quejarse, la eterna lamentación, la invocación al Eterno, por persecuciones en la mayoría de los casos imaginarias. Este defecto se observa sobre todo en los tiempos de Jeremías y Josías. La inspiración religiosa, tan elevada en aquel siglo perturbado, se va agriando.

En la literatura del tiempo de Josías, si la comparamos con la del de Ezequías, vemos señales de gran inferioridad. Se nota la decadencia del lenguaje. El hebreo de Jeremías y del *Deuteronomio* es flojo, prolijo, demalazado. Se perdió el sentimiento plástico de los escritores antiguos. La parte profana de la literatura que existía aún en tiempos de Ezequías,

1. \*Sinónimo de leyenda.

desapareció totalmente en el de Josías. Todas las obras tienden a apuntalar la fe o las esperanzas de Israel, que será en adelante un puesto exclusivamente religioso. En tiempos de Josías había desarrollado Grecia solamente la cuarta parte de su genio, y, sin embargo, ya era seguro su triunfo. Apenas escribe, pero su incomparable epos homérico se recita y su admirable poesía lírica se canta y se baila. Tales de Mileto ha nacido ya y hay espíritus clarividentes que intentan fundar una teoría naturalista del Universo. Solón quiere fundar la ciudad justa sobre la razón sola.

Jamás Israel fundará el Estado ni la filosofía, nunca tendrá literatura profana desarrollada, y, sin embargo, es enorme la parte que le corresponde en el mundo actual. Ha fundado la protesta del pobre, la reclamación de justicia y de igualdad, la fraternidad en el seno de la cofradía, la Iglesia, que es, a su modo, una sociedad completa, una organización de la justicia y la igualdad. Grecia ha formado el marco eterno de la civilización. Israel añadiría algo por su parte, una corrección, la atención al débil, la reclamación tenaz de la justicia individual. Nuestras civilizaciones arias, fundadas en la inmortalidad del alma y en el sacrificio del individuo, son demasiado crueles. Reconozcamos por lo menos el derecho del salmista que protesta y llora. Jeremías tiene razón a su modo. Los remedios con que cree corregir las injusticias necesarias de este mundo son quiméricos; la sociedad que concibe no es posible, pero añade un factor esencial a la obra humana. Jeremías fue, antes de Juan Bautista, el hombre que más contribuyó a la fundación del cristianismo. A pesar de la distancia de los siglos, es uno de los precursores inmediatos de Jesús.

Aparece con él una cosa esencial, la piedad, independiente de todo dogma, consuelo y fuerza de la vida. Una expresión exquisita: «Buscar a Dios», resumió lo más íntimo y verdadero de la religión. Para expresar el acto de la oración el hebreo antiguo tuvo palabras de rara delicadeza, y después los traductores cristianos las matizaron más finamente aún. La versión latina de los salmos, mediante una serie de deliciosos contrasentidos, borró lo que tenía de malo a veces el original hebreo. Idealizó las imágenes más toscas; hizo conmovedor lo ininteligible; llenó de encanto la monotonía. La Iglesia compuso con ello el breviario, el lectuario exquisito del sueño piadoso. San Bernardo extrajo el misticismo más etéreo de unos cánticos de horizonte muy limitado. De los empleos matizados de *meditari* en el salmo, procedió la oración, creación quizá la más original del cristianismo, ciencia cuyo secreto sólo él posee, don que sólo a él pertenece.